



## LA PESCA.

POR  
GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

POEMA.

I.

¡Cuántas veces sentado en tu ribera,  
¡oh mar! como si oyera  
la abrumadora voz de lo infinito,  
ha despertado en la conciencia mía  
honda melancolía  
tu atronador, tu interminable grito!

II.

Todo enmudece y cae en el misterio:  
el poderoso imperio  
que la tierra asoló con sus batallas;  
hasta los dioses que de polo á polo  
temidos son; tú sólo  
sientes rodar los siglos, y no callas.

III.

No callas, y hasta el alto firmamento  
sube tu ronco acento,  
y cuando revolviéndote en tí mismo  
ruges furioso, en tus entrañas late  
el horror del combate  
que empeña el huracan con el abismo.

IV.

Solo alcanza poder tan soberano  
el pensamiento humano,  
como tú grande, como tú profundo,  
que alzando sin cesar su voz de trueno,  
forja en su ardiente seno  
las glorias y catástrofes del mundo.

V.

¡Ay si decir pudieras cuanto sabes! . . .  
¿Qué hiciste de las naves  
con que surcó tu inmensidad la aciaga  
y trágica ambicion? ¿A dónde han ido?  
Como el mortal olvido,  
tu oscuro fondo hasta el recuerdo traga.

VI.

Todo parece en tí sin dejar huella:  
el barco que se estrella  
contra el peñon, la armada que devoras,  
los continentes que iracundo invades,  
las sordas tempestades  
que avanzan en tus olas bramadoras.

VII.

La tierra, en cuyo seno te reclinás,  
mantiene en pie las ruinas  
que las ciegas catástrofes dejaron.  
Tú, con desden soberbio, las rechazas:  
por tí pueblos y razas  
como sombras efímeras pasaron.

VIII.

El furor de los tiempos, que venciste,  
solo tu voz resististe:  
tu acento fué, como clamor de guerra,  
el que la humanidad oyó primero,  
¡ay! y será el postrero  
que en su agonía escuchará la tierra.

IX.

Pero mas, mucho más que cuando inmolas  
y abismas en tus olas  
la insolencia del fuerte á quien humillas,  
mi espíritu conturbas y enajenas  
con las tristes escenas  
que esparcen el terror en tus orillas.

X.

No lejos de un peñon agrio y salvaje  
que con recio oleaje  
el cantábrico mar bate y socava,  
al través de los árboles blanquea  
casi ignorada aldea,  
sobre la costa inabordable y brava.

XI.

Mirando al mar, de frente al Oceano,  
que sacudiendo en vano  
la roca estéril sin cesar se agita,  
el horizonte cortá y se alza enhiesta,  
sobre la calva cresta  
del picacho granítico, una ermita.